ANTONIO CASERO

EL REY DE LA CASA

SAINETE

ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

EL REY DE LA CASA

EL REY DE LA CASA

SAINETE

original y en prosa

DE

ANTONIO CASERO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO de Madrid, el 5 de Mayo de 1911, en *La fiesta del sainete*, organizada por la «Asociación de la Prensa» y reestrenado en el TEATRO LARA de Madrid, el 12 de Octubre de 1911

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
—
1911

Para D. Francisco Ruano

Secretario del Excmo. Ayuntamiento de Madrid.

Por su grande amor á nuestros Madriles, que tan de relieve pone usted en el alto cargo que desempeña en su Ayuntamiento, y por la inquebrantable amistad que nos une, ofrece á usted este cuadro de costumbres populares el peor de los saineteros, pero el mejor de sus amigos,

Antonio Casero.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
SOLEDAD	Srta.	Pardo (M.)
JUANA		Alba (L.)
SALUS		Seco (C.)
ANTONIO	Sr.	Manrique.
JUAN		Mora.
TRIFÓN		Barraycoa.

La escena en Madrid.—Época actual.—Es invierno

Derecha é izquierda, las del actor

Horas antes del estreno de esta obra en la Fiesta del Sainete, hubo de encargarse del papel de *Juana,* por indisposición de la eminente actriz Leocadia Alba, la joven y simpática artista Sara Esteban, que, en tan difíciles circunstancias, demostró muy airosamente, por cierto, poseer excepcionales condiciones para la escena.



EL REY DE LA CASA

Habitación modesta en el sotabanco de una casa de los barrios bajos: puertas practicables en las laterales; en el centro del foro se abre una ventana, también practicable, desde la cual se verán los tejados de las casas fronteras; el mobiliario propio de gente obrera; en el centro, mesa camilla, en la que habrá un cestito de labor, y próxima á la mesa, una cuna; sillas de paja, cómoda al fondo con floreros, retratos, etc.; sobre la misma, y colgada en la pared, una estampa con la imagen de la Virgen de los madrileños. La habitación iluminada por una lámpara de luz eléctrica, pendiente de un flexible.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD sentada en una silla baja junto á la cuna, y dándole el pecho al rorro. Cantando en tiempo de nana

Capullito de rosa,
paloma blanca,
que tu madre te vela
duerme, mi alma.

¡Ea! ¡Ea!... ¡Refraile, no tires, hijo, que soy tu madre!... ¡Ea! ¡Ea!...

Lucerito precioso,
rosa temprana,
duérmete, cielo mío,
rey de la casa.

Pero hijo, ¿qué más quieres si te estoy dando un cubierto de cuarenta riales, sin vino?... Como sigas así, vas á comerte un día hasta el forro de la chaqueta de tu padre. (Tratando de quitarle el pecho y simulando enfado.)

¡Vaya! ¡No, señor! No hay postre... (Con mimo.) ¡Uy, pobrecito, qué puchero pone! ¡Si no te regaño, rey de la casa!... (Volviendo á darle de mamar.) Chupa, hijo, chupa, hasta que vengan los de tu padre, que no vienen nunca... (Canta otra vez.) ¡Camará qué apetito!... Pues sí que has venío al mundo con ganas de pelea... Cualquiera te va á mantener á ti por dos pesetas... (Transición.) Ya se está durmiendo... (Meciéndole.) ¡Ea! ¡Ea!... ¡Uy, qué cara más rica!... ¡Ya se ha dormío!... (Se levanta con mucho cuidadito, tratando de no hacer ruido.) ¡Demonio de botas!... (Echándole en la cuna con gran cuidado.) ¡Ajajá! Ahora una mantita para que no tenga frío... (Se la tiende.) Y Dios te dé un sueño feliz, lucero de tu madre. (Le da un beso. Se dirige á la mesa donde tiene la labor, que consistirá en pañales, mantillas y un gorrito.) ¡Jesús, la labor que me queda!... Voy á ver si le acabo este gorrito... ¡Desgraciadas las que tengan siete lebreles!... ¡Ay, Virgen de la Paloma! ¿Tendré yo siete lebreles? ¡Ay, no: creo en Dios Padre Todopoderoso! (Se santigua.) ¡Qué miedo!... Y que en casa de los pobres, grandezas no habrá, pero lo que es críos... ¡Camará con los pobres!... ¡Ay, el Señor nos libre!... (Mirando hacia la cuna.) Sigue durmiendo.

ESCENA II

SOLEDAD y SALUS (1)

Salus (Desde la puerta y gritando.) ¿Se pué?...

Sol. ¡Chist!

Salus (Más bajo.) ¿Que si se pué?...

Sol. (A media voz.) ¡Que te calles, condená!

Salus (Lo mismo.) ¿Qué pasa?

Sol. Que me despiertas al niño, ¡chist! (Le hace señas de que pase.)

---

(1) Muchacha del pueblo, algo descuidada en el vestir, y algo descuidada también en la limpieza, vamos, una desidiosa. Sale despeinada y en chancletas.

Salus (A media voz.) ¡Ay, hija, desde que eres mamá, paece tu casa la Armería Rial, que hay que entrar con papeleta!...

Sol. Pero, ¿tú sabes lo que es un hijo, creatura? Ahí tiés al mío que tié dos meses, y en él tengo puesto tóo mi amor: me mira con sus ojillos negros y parece que me quié decir... ¡qué sé yo lo que me quié decir! ¡la mar de cosas!... Dende que él ha venío al mundo mi casa es la gloria; hay alegría, mi marío es otro hombre, me entrega el jornal, no sale de casa. Una bendición, chica, una bendición. Y cuando mi niño se ríe, parece su risita un repicar á gloria. Créeme á mí, Salus: ten un chico y serás feliz... (Sigue cosiendo.)

Salus Pues, hija, aquí me tiés un año de casá, y Chamberí por Hortaleza. Y entavía él está indinao, y dice lo que tú; ¿que por qué no tenemos un chico?... ¡Un chico!!... ¡Como si yo tuviera la culpa, ya ves tú!... Hija, dende que vosotros habéis tenío descendencia, yo no sé lo que ocurre en mi casa que salimos á bronca por menuto: que si Antonio es un hombre feliz con la Sole, que si la Sole es una mujer de su casa y más relimpia que la nieve de la Sierra, ¡te digo que me tié frita!

Sol. Quizá tenga razón, mujer, porque tú eres buena, pero, hija, no sé qué te ha hecho el agua de Lozoya que no la camelas.

Salus Pero, eso es por la *ruma* que tengo; chica, qué hombre: que si la Soledá guisa, que si la Soledá cose, que si la Soledá va por fuera como el oro y por dentro como la plata...

Sol. Oye, tú, destrozona; eso de por dentro, dile á tu marío que matarilerilerile, que se lo habrán contao, porque él ni con telescopio.

Salus Mujer, es un símili. Ya ves, porque lleva el pantalón con un siete hace una semana, no sabes cómo me ha puesto, ya ves, por un simple siete. (Se sienta, adoptando una postura de holgazana.)

Sol. (Irónica.) Chica, sí; no se lo cosas hasta que tenga tres ceros más. (Sigue cosiendo.)

Salus A lo mejor me paso dos días sin barrer, porque he tenío que ir á casa de mi madre, ú

porque me he entretenío con la portera... pues ya tenemos función; que si soy esto, que si soy lo otro, que si no sé guisar... Rediós con el hombre, yo no sabré guisar, pero él pesa cuatro kilos más dende que se ha casao... Te digo que es pa mandarle al moro sin fosil.

Sol. Calla, mujer, calla; no le critiques... (Sigue cosiendo.)

Salus Si no es criticarle; si fuera de mi madre y tú, y la portera, y la vecina del tres, y la mujer del sastre, yo, ni pío.

Sol. Yo que tú lo publicaba en la *Gaceta* pa que supieran que te habías casao con un sinvergüenza de Real orden.

Salus Eso, un sinvergüenza... ¡Bueno, y á lo que he venío! ¿Quieres hacerme el favor de decirme cómo se pone un guisao?... Porque dice que el otro día lo comió con vosotros y se chupó los dedos.

Sol. Pues, hija, es muy fácil; mira: primero pelas unas patatas, las lavas bien con mucha agua, no te dé miedo el agua, que no muerde, tonta; después echas pimienta, sal, laurel y un ajito, que en tu casa no faltará, ¡porque tiés un padre!... después pones un poquito de carne de falda, además de ser la mejor, es la que le gusta á tu marío. Pones agua, da un hervor, lo echas tóo en una cazuela limpia y que sus aproveche.

Salus Me has hecho un lío; pimienta... laurel... carne... las patatas que se lavan... Mira, lo mejor será traerlo de la taberna de al lao.

Sol. Sí, hija, sí; lo mejor es que sus caiga el gordo de navidad.

Salus Sí, porque los huevos de ayer los puse como tú dijiste, pero salieron negros.

Sol. Mira no fuera que la sartén no estuviese en condiciones.

Salus ¡Anda, pues es verdá, que el día anterior freí merluza y se me olvidó fregarla; ya ves tú qué detalle más nimio. ¡En fin, chica, que no soy feliz, y cada día me quiere menos mi marío, y eso es que tié otra! (Gipando.)

Sol. No, mujer...

Salus Que sí, que tié otra; que ahora se muda to-

das las semanas de calcetines; yo no sé cómo atraerle...

Sol. Con agua, mujer, con agua.

Salus No te entiendo.

Sol. Pues es muy fácil: mira, Salus, á ti te pasa, y no te enfades, lo que á esas botellas de vino añejo, que por dentro están que da gloria, pero lo que es por fuera hay que cogerlas con guantes.

Salus Oye tú, eso es llamarme...

Sol. No, mujer; eso es llamarte al orden; es decirte, que la felicidad del matrimonio está en el estropajo y en la aguja. Créeme á mí, suelta el grifo del agua ¡y duro y á lavar! porque, hija, en tu casa hasta el gato, cuando bufa, levanta polvo. Agua, mucha agua, que el agua da salú, da frescura; la mujer tiene que oler á limpia y á trabajaora. Ya ves tú, mientras me has estao contando tus cositas y criticando á tu marío, yo he rematao este gorro pa mi nene. Créeme á mí, Salus, en casa de la vecina no se le arregla á un marío, ni la ropa, ni la cena.

Salus (Sobresaltada.) ¡Anda, ahora que me acuerdo, que tenía cuatro sardinas á la lumbre!...

Sol. Pues rézalas un credo

Salus (Medio mutis.) Oye, ¿cómo dices que se pone un guisao?

Sol. ¡Corre, mujer, que se te achicharran las pobrecitas sardinas!... (Salus hace mutis precipitadamente, recogiendo con el pié una de las chancletas que se le ha salido al andar.)

ESCENA III

SOLEDAD

Sol. ¡Válgame Dios, y cómo cambian las mujeres! Porque esta muchacha de soltera daba gusto verla. Y se casó, ¡y vaya arrope! ella va que dan ganas de meterla en la colá y al marío lo lleva con más lámparas que un escaparate de brillantes al boro .. (Junto á la cuna.) ¡Ay, hijo mío, Dios te libre de una mujer de estas que mientras critican al ma-

río en casa de la vecina, en la suya se les quema la cena; Dios te libre, hijo mío, Dios te libre!... (Preocupada.) ¿Dónde caerás tú, vida mía?... ¿Quién será la loba que se lleve esta alhaja de su madre? Parece que quiere abrir los ojitos. (En este momento se oye dentro, y como si pasara por la calle, el típico pregón del vendedor de patatas asadas.)

Voz ¡Chuletas de huerta!

Sol. (Indignada.) ¡Bien podía ese tío vender las patatas por señas! (Vuelve á oirse el pregón más cerca y por lo tanto más fuerte.)

Voz ¡¡¡Chuletas de huerta!!!

(Soledad abre la ventana para mandar callar al vendedor, que con sus voces va á despertar á la criatura.)

Sol. ¡Chist!... ¡Chist!... (Pausa y á la ventana. Vuelve junto á la cuna.) Menos mal que me ha hecho caso... ¡Y todos los días á la misma hora!... ¡Jesús, qué demonio de pregones! Cuando no es el trapero, es la churrera. Desde que ha nacío mi hijo parece que se han puesto todos de acuerdo pa que no pueda dormir mi rey... Duerme, cielo, duerme, que no es el coco.

ESCENA IV

SOLEDAD y TRIFON (1)

Trifón ¿Se pué pasar?...

Sol. ¡Uy, qué tío! Pues sí que es el coco, hijo.

Trifón ¿Es d'aquí d'ande han llamao al de las chuletas de huerta, vulgo asás calientes?

Sol. No señor.

Trifón Pues mal hecho, porque pa mí que la iban á gustar á usted una dislocación. (Fijándose en Soledad que no quita ojo á Trifón.) (¡Qué cara tié la manusa!) No, pues yo.. juraría que ha sío usté la que me ha chistao dende la ventana...

Sol. (Muy turbada.) Es porque estaba durmiendo...

---

(1) Tipo de los que venden patatas asadas; la cesta al brazo y á medio embozar en la bufanda.

Trifón No se turbe usté, joven, que está usté *vis á vis* y *tete á tete* con Trifón el de las Peñuelas, y no tiemble usté, porque Trifón el de las Peñuelas no es un *liberanos dominé*, es una especie de San Expedito, confesor, virgen y mártir.

Sol. Güeno, amén Jesús.

Trifón *Orate frates.* (¡Pero qué bonita es!) Miá que vive usté alto, niña...

Sol. Como que me tuteo con los gorriones...

Trifón La despertarán á usté toas las mañanas los angelitos del cielo, que son sus vecinos.

Sol. Sí, señor, toas las mañanas...

Trifón No podía por menos; pues misté, jóven, si usté quié patatas yo tengo aquí patatas pa usté, y... si quié usté amor, aun me quedan á mí dos reales de cariño pa las mozas juncales como usté...

Sol. Usté se ha equivocao de cuarto.

Trifón Es usté el primer específico pa la melancolía interior.

Sol. Y usté el primer refresco pa un día de canícula.

Trifón ¿A que no quié usté que juntemos las cédulas personales?

Sol. Le iba á dar á usté mucho cólico.

Trifón ¡Pues tengo yo poquitas ganas de ser cabeza de familia!...

Sol. Dirá usté cabezota, porque tié usté un torrao, que el día que se le llene á usté de sueño se va usté á llevar durmiendo una cuaresma.

Trifón ¡Con la falta que me está haciendo á mí una señora que me zurza!

Sol. Pues, hijo, que le zurza á usté su tía.

Trifón ¿Tié usté novio?

Sol. Tengo marío.

Trifón ¡Caracoles!

Sol. Y que como entre y le vea á usté aquí, se van á poner los golpes á real la libra.

Trifón ¿Conque casá?

Sol. Sí, señor; con un moro.

Trifón Pero ¿es que se ha casao usté con Muley el Abas?...

Sol. Digo con un moro de Venecia, de celoso que es. Conque haga usté el favor de emigrar.

Trifón Eso á las golondrinas, joven.

Sol. (Este tío es un fresco.)

Trifón Miá que debe estar su marío de usté sastisfecho de haber venío á este valle de lágrimas; así da gusto, con una mujer como usté le vida es un merengue; pero, en cambio, me ha tocao á mí en el reparto una tal Ceferina, con los ojos desaveníos y los dientes á la gran Dumont, que se la regalo á usté pa asustar al nene, si hay nene en casa.

Sol. ¡Eso es lo que á usté no le importa!

Trifón No se ponga usté nerviosa, que está la tila por las nubes.

Sol. Haga el osequio de desfilar.

Trifón Pero ¿es que no quié usté que la dé un par de chuletas?

Sol. Se libraría usté muy bien de ponerme la mano encima.

Trifón Si digo patatas, joven; cuidao con los *calambures*... Y de ponerla á usté la mano encima, sería pa cogerla á usté como el que coge una copita de un licor fino. (Acción de coger una copa.)

Sol. (¡Este tío me da miedo!) (Huye poco á poco de aquel hombre que la echa miradas de fuego.)

Trifón ¡Por que es usté mu... (Tratando de acercarse á ella.) ¡Gitanaza!..

Sol. (Junto á la cuna del niño y gritando al ver que Trifón se le acerca con malas intenciones.)
¡Misté que llamo á mi hijo!

Trifón ¡Agarra! (Vuelve al sitio donde estaba, junto á al puerta, y recoge la cesta.) No se alarme usté, joven; no es pa tanto. ¡Ave María, hay palabras! (Soledad continúa al lado de la cuna, como amparándose en la misma.) (Ahuecando, Trifón, que el barómetro marca tempestá.) Hay palabras, joven, hay palabras... (Mutis.)

Sol. (Sole al verse libre de aquel hombre da un beso al niño, diciéndole con entusiasmo y dulzura.) ¡Hijo mío, ya has empezao á defender á tu madre! (Pausa.) ¡Qué miedo de hombre y cómo me miraba! Le relucían los ojos como á los gatos. Vamos, miá que si llega mi Antonio, que está al caer, ¡no me quiero acordar!... (Con ternura, por el niño.) Y tú, pobre inocente, ¿qué hubieras tú hecho si ves que faltan á tu ma-

dre? ¿qué hubieras tú hecho, corazón?... (Junto á la cuna y besando al niño. En este momento aparece Antonio.)

ESCENA V

SOLEDAD y ANTONIO

Ant. (Desde la puerta.) ¡Chiquilla!...
Sol. ¡Antoñillo!...
Ant. ¿Y el chaval?... (Se dirige á la cama con impaciencia)
Sol. (A media voz.) Está durmiendo.
Ant. (Junto á la cuna. Con entusiasmo.) ¡Tengo el heredero más serrano que ha nacío de madre!...
Sol. No me lo despiertes... Miále, eres tú...
Ant. De aquí p'arriba es á ti.
Sol. Las narices son las tuyas, no me lo niegues: y en la boquita va á salir á mi madre.
Ant. Pues hija, Dios nos libre, porque si sale á tu madre, ya va á tener con que llamar al sereno, ya...
Sol. (Con entusiasmo por el niño, á quien contempla, como contemplan las madres.) ¡Qué rico!
Ant. ¡Qué dos meses más bien cumplíos!
Sol. ¡Si le hubieras visto antes! Le tenía yo cogío así, (Como si le abrazara.) y me miraba, y le decía yo: «Ajito á mi nene, ¿dónde está papá?»... Y alargaba el hociquito, y parece que me respondía: «En la taberna».
Ant. Pues ya sé yo lo que va á ser el chico, astrónomo; porque sí que es verdad que estaba en la taberna. Pero, no me regañes, qué ha sío sin querer... ¡Vamos, qué penetración de creatura!
Sol. (Incomodada.) ¿En qué habíamos quedao?...
Ant. Ya lo sé, mujer; en que tóo lo que antes me gastaba en vino lo eche ahora en una hucha pa el chavalín.
Sol. ¿Y no se ha podido usted resistir á la tentación, y hoy que cumple el niño dos meses vuelve usted á beber?
Ant. Con algo tenía que solemnizarlo, mujer.
Sol. ¡Esto es pa morirse una de rabia!

Ant. No te incomodes, por Dios, que luego le vas á dar á la creatura sublimao corrosivo...

Sol. (Mirando hacia la cuna.) ¡Pobrecito!... ¿Qué será de nosotros, rey mío, abandonaditos de tu padre?...

Ant. Vamos, chica, no desatines, pues si hay hombres chalaos con su suerte, yo soy uno: si estoy casao con una mujer que es hermana gemela de la Virgen del Carmen, y tengo una creatura que, más bonita, no la ha pintao Murillo... (Con gran zalamería.) ¿De qué te quejas tú, morenilla de mis tormentos?...

Sol. ¡Antoñillo!...

Ant. Soledad, ¿me quieres?

Sol. Más que á nadie en el mundo.

Ant. Y yo á ti.

Sol. Bueno, yo más que á nadie después del niño.

Ant. Toma, y yo, ¡miá qué gracia!... (Transición.) Chica, he pasao hoy un rato más malo...

Sol. ¿Qué te ha ocurrío?...

Ant. Na; que este oficio de marmolista no es pa mí, dende que soy padre.

Sol. No te entiendo.

Ant. Si es que se pone uno de Carrara... Na, que hoy ha ido al taller un matrimonio, así, como nosotros, jóvenes los dos, (Con gran tristeza.) á encargarnos una lapidita...

Sol. (Muy angustiada.) ¡Ay, no me lo digas!...

Ant. Y á mí ¡me entró una de llorar!... (Se quedan los dos pensativos un momento, y refregándose los ojos como para enjugar el llanto que los nubla; instintivamente se acercan á la cuna del niño y besan á éste cada uno por su lado.) ¡Hijito!...

Sol. ¡Vida!... (A Antonio.) ¡Chist!... que se despierta. (Pausa corta.) Oye, vamos á hablar de otra cosa...

Ant. Tienes razón, chica. Si me dicen á mí que iba yo á ser cómplice tuyo en este crío, el día aquel que ibas con tu madre, y me acerqué, y tu madre me dijo aquella frase que, hasta el guardia de la esquina se puso colorao, ¡vamos, si me dicen á mí eso, digo que se lo cuenten á *Carlo Mazno*, que yo soy de la Latina!

Sol. ¿Te acuerdas?

Ant. ¡Pues no me he de acordar, chiquilla!; si de resultas de aquel sofocón estuve un año á leche y huevos; si es que tu madre ha sío siempre pa mí una calentura de cuarenta grados.

Sol. No, pues te quiere la pobre.

Ant. Ver colgao como las bacalás de las tiendas, ú si no, aquí tiés la señal (En la cara.) que, porque me pilló contigo en la fuente, siendo novios, me dió una bofetá en la cara que, donde puso la mano, no ha vuelto á salir la barba...

Sol. ¡Ay, hijo, pero qué exagerao eres!... (Transición.) Güeno, vamos á cuentas, que es sábado. (Soledad coge la hucha de barro que habrá encima de la cómoda, y se sienta junto á la mesa. Antonio se sienta al otro lado.)

Ant. (Aparte.) En cuanto que yo la diga á ésta que me faltan unas pesetas á la lista, le da la convulsión.

Sol. (Contando con los dedos.) Son seis días los que has trabajao: son veinticinco pesetas.

Ant. ¡Camará, cómo andas de Geografía! Ni que fueras la hija mayor de Plutón. (Entregándola el dinero con cierto temor.) Toma.

Sol. (Contando los cuartos.) Oye, aquí no hay más que veinte; aquí faltan cinco.

Ant. (Algo turbado, como quien trata de inventar una mentira.) Claro, mujer, cinco: dos pa la madre del aprendiz, que hemos echao un guante, porque está la pobre en las últimas. (Dios me perdone.)

Sol. ¡Ay, hijo, en tu taller ha entrao la negra!

Ant. Otra pa librar de quintas al hermano de un compañero que está el pobre tullido.

Sol. ¿Pero pa librar de quintas á un tullido?

Ant. El tullido es el otro.

Sol. ¿Cuál otro?

Ant. Su agüela, digo su padre.

Sol. Güeno, ¿y las otras dos?

Ant. ¿Las otras dos?... Pero, ¿faltan otras dos?... Vamos, dí, ¿has visto qué faltonas?... ¡Vamos, miá que faltar otras dos!... Pues, hija, me las habrá llevao el aire, porque yo soy inocente. (Rebuscándose los bolsillos.)

Sol. En la cara te conozco que me estás engañando.

Ant. (Con zalamería.) No me regañes, chiquilla; tienes razón, sí; te estoy engañando. Mira, cuatro se las he dao á mi prima, que no trabaja él, y la otra, pasaba yo por la taberna de Paco, y había en el escaparate una tajá de bacalao, que parece que me estaba diciendo: «Oye, ven, orgulloso, que tenemos que hablar.» Y, chica, entré, me la comí, me soplé dos, convidé á la reunión, y total, cero peseta: esta es la verdad del hecho.

Sol. Está bien; lo de tu prima, pase, porque es tu prima, y lo que está bien, está bien; pero lo del bacalao, lo del bacalao te tragaste una espinita, Rigoberto. Te cuesta á ti una cajetilla menos esta semana.

Ant. Pero chica, no seas inquisidora.

Sol. (Haciendo apartadijos con el dinero.) Bueno: tres duros pa la casa, dos pesetas pa ti pa toa la semana, y tres pa el niño. (Echándolas en la hucha.) ¡Ajajá!

Ant. (Con las dos pesetas en la mano.) Oye, chica, pero ¿qué voy á hacer yo con dos pesetas?

Sol. ¡Ay, hijo, vete á América! (Sigue con las cuentas.) Yo esta noche me he ahorrao de cena una veinte, (Echando en la hucha.) una veinte pa el niño.

Ant. Oye, tú, á ver si es que por querer tú que le haga el niño la competencia á *Rochil*, nos quedamos tú y yo como dos flautas.

Sol. No te apures, que cena no te falta. Mira. He frito los garbanzos que sobraron del *piri* de este al medio día, y la carne la he puesto con aceite y pimiento, ¡verás qué rica!...

Ant. ¡Cuanto vales tú, creatura!

Sol. Sería una *inominia* que tiráramos nosotros lo que algún día puede recoger nuestro hijo.

Ant. Tienes razón.

Sol. Bien te gustará luego verle hecho un hombre de oficio, y que con los ahorrillos que le guardaron sus padres ponga un taller y se case.

Ant. Ya pueden ir encargándola que sea guapa y con percal (Dinero) que, si no, esta golosina no se la come nadie.

Sol. ¿Con percal?... Que sea una mujer trabajadora y honrada, que le quiera como yo te quiero á tí; que sean felices como nosotros.

Ant. Oye, ¿qué te parece pa éste la chica de Carlos el tachuelero de ahí al lao?...

Sol. Vamos, calla, Dios te libre. ¡Pobre criatura! La llevan siempre con los moquitos colgando. Pa eso me gusta más la chica del sastre.

Ant. (Con picardía.) ¡Ah, pero, es que la mira ya el chaval?...

Sol. Vamos, calla, tonto...

Ant. Chica, si parece que fué ayer. ¿Te acuerdas? (Haciéndola un mimo.)

Sol. (Con rubor.) Vamos, calla...

Ant. Y eso, que tú andabas remoloncilla pa quererme. .

Sol. Sí, pero luego...

Ant. Luego, ¿qué?...

Sol. Calla, qué se me sube el pavo.

Ant. ¡Uy, qué pavo más rico!...

Sol. ¡Chist! (Levantándose rápidamente.) que se despierta el niño. (Meciéndole en la cuna.)

Ant. (Que también se ha acercado á la cuna.) Se le abre la boquita.

Sol. ¡Chist!

Ant. (Que con un pañuelo trata de matar una mosca que anda alrededor de la cuna y dando por fin con el pañuelo un fuerte golpe sobre Soledad que inclinada contempla al niño.) ¡La maté!

Sol. Pero, ¿qué haces?...

Ant. (A media voz.) ¡Na! Una mosca que quería despertárnosle. Mía tú despertarle una mosca, ¡ni un león!...

Sol. (A media voz.) Ya se ha vuelto á dormir.

Ant. ¡Qué bonito es!...

Sol. (Mimosa.) Como su padre.

Ant. (Lo mismo.) No; como su madre.

Sol. ¡Como los dos!

Ant. ¡Chist!...

Sol. ¡Chist!...

(Un momento de pausa, y á poco entra la señá Juana, madre de Soledad, mujer de unos sesenta y tantos años, con el pelo blanco: entra suspirando y cómicamente afligidísima.)

ESCENA VI

SOLEDAD, ANTONIO y SEÑÁ JUANA

Jua. ¡Ay, Virgen mía!...

Ant. (A Soledad.) Ahí está tu madre con el cuplé de moda.

Jua. ¡Ay, qué desgraciadita soy!

Sol. Vamos, madre, ¿qué la pasa á usté?...

Jua. ¡Tu padre!

Sol. ¿Qué ocurre?...

Ant. (A Soledad.) Lo de tóos los días, mujer...

Jua. ¡Ay, qué cataclismo!...

Sol. Pero, vamos, siéntese, tranquilicese...

Ant. (A Juana.) Y hable usté con sordina, que está el niño durmiendo.

Jua. (Por el niño, sentándose.) ¡Tu vengarás á tu agüela, cielo mío!

Sol. Pero, mi padre, ¿qué?

Jua. (Conmovidísima.) ¡Me ha barrido!...

Ant. ¿Le ha echao á usté de casa?...

Jua. Me ha puesto la escoba encima, porque se le ha metío en la cabeza que miro con güenos ojos al bombero del sotabanco... ¡Miá tú, el pobre hombre, que está viviendo en el mundo de propina!... Dice que ese bombero me está apagando el fuego del amor.

Ant. ¿Celitos?

Jua. Celitos de mí que soy dizna de que me coloquen en un retablo dorao; y dice que cuando va de gala me chifla el casco. ¡Chiflarme á mí el casco, á mí, que soy más honrá que las «catatumbas».

Sol. No le haga usté caso, madre.

Ant. Es pa tomarlo á risa...

Jua. (Suspirando.) Ya veis; un hogar deshecho por el casco de un bombero. (Decidida.) De hoy no pasa: estoy dispuesta, y vengo pa que me digas tú (A Antonio.) que tiés un amigo en las Salesas, qué pasos hay que dar pa eso del divorcio.

Sol. ¡Jesús, qué disparate!

Ant. ¡Pero, señora, yo qué sé de divorcio, si llevo un año de casao!...

Jua. ¡Me divorcio y me divorcio!
Sol. ¡Ustedes que podían ser tan felices!...
Ant. Como que podían llevarse mejor que una pareja de Orden público.
Jua. (Dirigiéndose al niño.) ¡Ay, hijo mío, qué agüelo te ha caío en suerte!...
Ant. Al niño, pocas voces, que está hoy de mal temple.

(En este momento aparece señor Juan, padre de Soledad y marido de Juana: es un hombre del pueblo, de unos sesenta y tantos años. Entra grave, solemne y con gran misterio.)

ESCENA VII

SOLEDAD, ANTONIO, SEÑÁ JUANA y SEÑOR JUAN

Juan Felices, es decir, poco felices.
Ant. Ya está aquí el otro cómplice.
Jua. (Muy nerviosa y descompuesta.) ¡Lo ves, ahí tienes á tu padre!
Sol. (Sujetándola.) Quieta, madre, quieta: usté, aquí, calladita.
Juan (Con gran misterio llama á su yerno.) ¡Antonio, haz el favor! (Se quedan junto á la puerta y sin mirar al grupo.)
Ant. (Acercándose.) Pero ¿qué les pasa á ustedes?
Juan No vengo á ver al yerno: vengo á ver al amigo. Ha llegao el momento de la rutura: esa dama (Por Juana.) es capaz de ponerle nervioso á un inglés.
Jua. (A Soledad.) Me estará poniendo de color de lechuga flamenca, como si lo viera.
Sol. Vamos, madre.
Juan (A Antonio.) Yo sé que tú tiés un amigo en las Salesas, un amigo de esos que arreglan los intríngulis de la emancipación...
Ant. Vamos, sí, que se quiere usté divorciar.
Juan ¡Pero, cómo, auténticamente! ¿Tú sabes quién es tu suegra?... Vamos, si tú sabes la suegra que te iba á tocar en esta rifa social te metes fraile... ¿Eso?... Eso lleva siete gatos y un mono dentro.
Jua. ¡Y tú cuatro políticos!...

Sol. ¡Madre!

Juan Eso es capaz de matar á disgustos á la estatua de Chintila.

Ant. ¡Cálmese usté, señor Juan!

Juan Calla, hombre, si me tié *frapé*: la deben haber amantao con jarabe de ranas; me tiene, que cuando duermo, doy saltos mortales de nervioso que estoy.

Ant. Calma.

Jua. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! (Muy nerviosa.)

Sol. ¡Madre, por Dios!

Jua. Ya me principia el tiritón epilético.

Juan Pero ¿no estaría mejor esa señora en la colección de *mosiú Bidel* que suelta por ahí?...

Jua. No puedo más, que me da el ataque, ¡uy!... ¡ay!... ¡uf!... (Le da un ataque muy cómico. Antonio y Soledad la cogen mientras que Juan la ve con gran calma.)

Juan ¡Sucedió!

Ant. ¡Pues sí que es un número!...

Sol. ¡Madre!... ¡Madre!... (A Antonio.) Trae agua, hombre! (Antonio va por agua.)

Juan Déjala, déjala que no se lastima.

Ant. Ahí va el agua. (Soledad echa á Juana agua por la cara y Antonio humo del cigarro.)

Juan Dala Chinchón si hay á mano.

Ant. ¡Y así tcos los días; esto ya es mucho arroz!

Juan Veréis qué pronto se le pasa. (Alzando la voz y á Soledad.) Anda, chica, afloja á tu madre y ten cuidao con el pañuelo, que lleva ataos dos duros.

Jua. (Echándose mano rápidamente al pecho.) ¡No, el pañuelo no! (Todos se ríen.)

Juan Soy el primer tío pa los soponcios.

Sol. ¿Se le ha pasao á usté, madre?

Ant. ¡Vamos, agüela!

Jua. (Muy cómicamente.) ¿Dónde estoy?

Juan En Babia. Vamos, ¿pero no da coraje ver á este lorito romántico lo mismo que esas de las novelas?... (Amenazando.) ¡La daba así!

Jua. Ya lo habéis visto; y en una de estas me quedo.

Juan Sin muelas. (Con los brazos abiertos y mirando á lo alto.) ¡Don Manuel, pero Don Manuel!, ¿qué le he hecho yo á usted pa vivir en este martirologio?

Sul. ¡Pero ven acá, mentecato!

Jao. ¡Chist!

Ant. ¡Silencio! Como me despierten ustedes al niño, se va á convertir esto en la noche de San Daniel.

Jua. (A media voz.) Pero si vosotros no sabéis de la misa la media.

Juan A la media, á la media vuelta te voy á dar yo á ti un golletazo.

Jua. ¡Qué gracioso! Vamos, si hasta me ha llamao cabo de Consumos (Alzando la voz.) ¡Vamos, misté que á mí cabo de Consumos! A mí, que he hecho en Martín de angelito en el Nacimiento del Mesías! Tan mona como estaba yo con una palmita y diciendo: «oid pastores...»

Ant.
Sol. } ¡Silencio!

Juan (A Juana muy bajito.) Te han dicho que silencio.

Jua. (Bajo.) Pues no me saque usté de tono.

Juan (A media voz.) Pues no me excites tú á mí.

Jua. (Lo mismo.) Ni tú me faltes.

Juan (Alto.) Eso te digo yo.

Ant. (Más alto.) ¡Y yo!

Ant.
Sol. } (Muy callandito.) ¡El niño, por Dios!

Sol. ¡Vaya un ejemplo que le están ustés dando al angelito!

(El viejo se sienta á un lado de la mesa y la vieja vuelta de espaldas al viejo, al otro lado de la mesa también.)

Ant. (Bajito.) Ustedes que debieran educarle.

Sol. (Lo mismo.) Ustedes que debieran hacerle ver que en el mundo hay que vivir en paz y en gracia de Dios, y soportarnos los unos á los otros.

Ant. (Lo mismo.) Y querer pa que nos quieran.

Sol. (Lo mismo.) Y no dejarse llevar de la soberbia.

Ant. Y vivir con humildad, que de los humildes es el bacalao con tomate.

Jua. (Alto.) Oye, tú, pero ¿es que estamos en las pláticas de San Ginés?

Juan (A Antonio y Soledad.) Tomar consejitos; ya se salió por marianas.

Sol.
Ant. } ¡¡Chis!!

Jua. ¡Y así cuarenta años! Y entavía dirán que no se ha ganao una el cielo.

Juan ¿Tú el cielo?

Jua. ¡Yo el cielo!

Juan Vamos, en cuanto te vea San Pedro te manda á un recao: allí no entras tú ni con recomendación de Romanones.

Jua. Pero, ¿han visto ustés qué gracioso es este papagayo?

Sol. Pero bajen ustés la voz.

Ant. (Impaciente ya.) ¡Vamos, que yo me voy á vivir á las Chafarinas!

Juan Si es que...

Sol. ¡Silencio!

Jua. (Bajito.) Dí que es que...

Ant. ¡A callar! (Pausa.)

(Soledad mira al niño.)

Sol. (A media voz.) Está durmiendo, pero... ¡chititito! (Transición.) Bueno; pero, ¿qué ha pasao, pa que yo me entere?

Jua. (A Juan.) ¿Pué ser que hable yo primero?

Juan (A Juana.) Hable ustez, pero mida ustez las palabras.

Sol. Y sin alzar la voz.

Ant. Como si se cospirara.

Jua. (A media voz.) Estábamos cenando, y la cosa comenzó por la educación del niño, porque yo, francamente, me gustaría que fuera canónigo, que están sanotes y se dan güena vida; la verdad es esa.

Juan (A media voz.) Y decirme canónigo y tirarla un mendrugo fué instantáneo.

Jua. (A media voz.) Lo cual que yo me comí el mendrugo mojao en vino.

Juan Una falta de educación conyugual.

Sol. No la interrumpa usté, padre.

Jua. Güeno, pues que empezó con sus cosas, que si el chico esto, que si el chico lo otro, y yo le dije: «Oye, mira; el chico es mi nieto, y el chico gasta levita y sombrero con ascensor, porque tié su agüela muchas ganas de que haiga un caballero en la familia.

Juan (A Antonio en voz alta.) Como si nosotros no fuéramos caballeros.

Sol.
Ant. } ¡Silencio!

Jua. Güeno, pues empezó á decir que el día que le vea con bimba, se la arruga. (A Juan.) ¿Tú, al chico, la bimba?... (Haciendo el gallo cómicamente.) ¡Ki-ki-ri-kí! A ese (Por el niño.) le tiés tú que tragar *espormán.* (Antonio y Soledad se ríen.) Y ese (Por el niño.) aprende el chino, porque quiere su agüela.

Juan ¿Pero es que le vas á dedicar á la industria del té á la creatura?

Jua. El chino, kin, kan, kun, no se le olvide á usté, el chinito.

Juan (Con indignación.) Primero enséñele usté el caló, que es más útil.

Sol. Primero que aprenda á decir «papá».

Jua. Ca, hija, primero «agüela», no te ocupes. Vamos, de ahí no rebajo ni un real.

Ant. Lo primero es que no le despierten ustedes.

Juan La primera palabra que tié que decir el chico es «Frascuelo».

Jua. Te va á hacer á tí pupita.

Juan Tú debes haber soñao con castillos y príncipes; vamos, misté que el chico *espormán*... Lo primero que voy á hacer yo es enseñarle á hacer un arroz y á tocar la guitarra; que sea un hombre pa un día de campo y no haga el ridículo en sociedad.

Jua. Pero, ¿habéis visto qué porvenir más halagüeño?

Juan (Por el niño.) Y á este le hago yo un demagogo.

Jua. ¡Dios te libre!

Juan Y le caso con la hija del Presidente cuando le haiga.

Jua. Pues pa mí que se queda célibe.

Juan Pues, mejor, (Se acerca á la cuna.) porque tú no sabes lo que son, hijito.

(Soledad y Antonio imponen silencio constantemente: Antonio pierde la paciencia.)

Jua. (Al niño.) Pero dí que sin nosotras, los hombres, ¡gurrumiau! no pasa un alma.

Ant. ¡Agüela, que está durmiendo!

Juan Dí que no hay una acetable.

Sol. ¡Padre, por Dios!

Jua. (A media voz.) ¡Y el señor te libre de salir á tu agüelo.

Juan (Lo mismo.) Y que te libre de una dama como tu agüela.

Ant. (Indignadísimo.) Pero ¡caray! esto es ya un abuso. Como se despierte el niño salen ustés por la ventana.

Jua. Oye, tú, que no semos aviadores.

Sol. (A Antonio.) Un poquito más de respeto, que son mis padres.

Ant. Como si fueran los Reyes Magos; y á ti lo mismo.

Sol. A mí, ¡cuidao!

Ant. (Descompuesto.) En mi casa yo soy el amo.

Sol. (Chillando.) ¡Y yo el áma! Ya te lo dijo el cura: «Compañera te doy y no sierva.»

Ant. ¡Y cuidao con el geniecito!

(Juan y Juana tratan de apaciguarlos para que no despierten al niño.)

Juan ¡Que vais á despertar al niño!

Jua. ¡Bajar la voz si podéis, demonios!

Ant. (A media voz.) Y á mí mucho cuidadito con contestarme.

Sol. (Gimoteando y á media voz.) Más valiera que te hicieras el cargo de que estoy criando.

(Al oir esto Juana, Juan y Antonio tratan de consolarla con gran zalamería para que no dé una mala teta al niño.)

Juan Oye, tú, que es verdad que está criando.

Jua. ¡Ay, por Dios, hija, no te disgustes, no me lo envenenes.

Ant. Oye, tú, no le des de mamar hasta que pasen dos horas.

(Todos rodean á Soledad.)

Juan Ha sío una broma.

Jua. Claro, mujer.

Ant. No te enfades tú, capullito.

Sol. (Desdeñosa.) Menos zalamerías y más cariño.

Ant. (Tratando de convencerla.) Ven, ven acá tú, morena.

Jua. (A Juan.) La culpa la tié usté, so antigüedad.

Juan Tú, que chillas más que un trapero.

(Mientras Antonio sigue convenciendo á Soledad, Juan y Juana reanudan la bronca.)

Jua. Y el niño, aunque te pese, será *espormán*.

Juan El niño será de los míos y beberá vino.
Jua. Pa esa fecha ya he quemao yo toas las tabernas.
Juan (Por el niño.) Y este irá conmigo á los mitines.
Jua. Y no se parecerá á su agüelo.
Juan Es que su agüelo es un crisol.
Jua. Apolillao.
Juan ¡Juana!
Jua. ¡Juan!

(Antonio y Soledad que impensadamente se están haciendo carocas, se dan cuenta de la bronca y tratan de sugetar á los viejos, que se hallan excitadísimos y amenazándose con una silla cada uno.)

Sol. (Sugetando á Juan.) ¡Padre!
Ant. (A Juana.) ¡Agüela!
Jua. ¡Atrévete!
Juan ¡Quitarse!
Sol. (Delante de la cuna.) ¡Por Dios, mi niño!

(En este momento rompe á llorar la criatura, y todos quedan perplejos. Soledad coge al niño y le arropa con la toquilla. El nene sigue llorando.)

Ant. ¡Al fin lo han conseguido ustedes!
Sol. No llores tú, vida.
Juan (Muy compungido.) Es que esta mujer es la campana de Toledo.
Jua. (Lo mismo.) Es que este hombre, cuando habla, parece que está clavàndo clavos.
Ant. Es que esto es imposible.

(Vuelve á llorar el crío.)

Sol. Calla, hijo, calla.
Jua. Dale un sorbito, mujer.
Juan (Por el nene.) ¡Olé los cantaores; esas son las del Mochuelo! ¡vaya una malagueña! Lo que yo digo, un hombre pa un día de campo.
Ant. (Al niño.) Ahí tiés á tus agüelos, que son un par de despertadores que te han caío en una tómbola.
Jua. (Al niño y con dulzura.) Perdóname tú, ruiseñor.

(El niño calla en cuanto su madre se sienta en una silla baja y le pone el pecho.)

Juan No me lo tomes en cuenta, Garibaldi de tu agüelo.
Sol. ¡Qué ejemplo le están ustés dando á este hijo!

Ant. Siempre como el perro y el gato.

Sol. Ya se están ustés dando un abrazo ahora mismo.

Jua. Ni aun cuando me lo mande el Presidente del Supremo en papel de oficio.

Sol. Vamos, si hasta el niño paece que lo está pidiendo.

Jua. ¡Ay, sí!... (Mirándole.)

Juan (Mirándole también.) Pues es verdad. Por el niño soy yo capaz de abrazar á un carabinero. Ven acá tú,, paloma torcaz. (Abrazándose.)

Ant. (Al verlos tan acaramelados.) ¿Y de eso del divorcio, qué hacemos?

Jua. Déjalo por ahora.

Sol. Por ahora y por siempre. Y juren ustés aquí delante del niño, no volverse á faltar, porque no hay necesidad de buscar las penas cuando ellas vienen solas.

Juan (A Juana.) ¡Tié razón, Juanilla!

Jua. Es verdá, Juanillo, porque mañana hincas tú el pico y toas son lágrimas.

Juan U le hincas tú.

Jua. Güeno, (Abrazándole.) que nos entierren juntos.

Sol. Se está durmiendo otra vez.

(Se arrodillan los viejos uno á cada lado de Soledad, que, sentada en una silla baja, continúa con el niño. Detrás de Soledad y apoyado en su hombro, Antonio hace fiestas al muchacho.)

Ant. ¡Chulillo de tu padre!

Juan Ya verás, hijo, lo que te va á querer tu agüelo.

Jua. Y tu agüela; y perdona que te hayamos quitao el sueño: también nos le quitas tú á nosotros.

Sol. ¿Qué será, vida mía, que tú que eres tan pequeñito y que de nada te enteras, y que nada dices, en todos mandas y de todos dispones?...

Juan Es el cariño que tira de uno.

Jua. Es que es un pedazo de nuestra alma.

Ant. Es nuestra vida toda.

Jua. (A media voz.) El tulipán de su agüela.

Juan El Robespierre de su agüelo. (También á media voz.)

Ant. (Mucho más bajito.) El cielito de su padre.

Sol. (Lo mismo.) El rey de la casa.
Lucerito precioso,
rosa temprana,
duérmete, cielo mío,
rey de la casa.

(Soledad le canta la «nana» conque empezó la obra, mientras que todos en la actitud que antes se ha dicho le dicen al niño haciéndole fiestas y á media voz.)

Todos ¡Sol! ¡Rico! ¡Lucero! ¡Encanto! (Y el telón va cayendo muy lentamente.)

FIN DEL SAINETE

OBRAS DE ANTONIO CASERO

Madrileñerías.
El 1900.
La lista oficial.
La gente del pueblo.
La gente alegre.
Los botijistas.
El querer de la Pepa.
El sábado de gloria
La celosa.
El dios Éxito
La boda.
La procesión del Corpus.
Romeo y Julieta.
La cuarta del primero.
Los charros.
Cosas de chicos.
La primera verbena.
Feúcha.
... y no es noche de dormir.
El iluso Cañizares.
La regadera.
El porvenir del niño.
El merendero de la alegría.
¡El miserable puchero!
El sueño es vida.
Los holgazanes.
Música popular.
El rey de la casa.

La gente del bronce (poesías populares). Agotado.

Los gatos (poesías populares). Prólogo de D. Jacinto O. Picón y epílogo de S. y J. Alvarez Quintero.

Los castizos (poesías populares). Prólogo de D. Mariano de Cavia y epílogo de D. Carlos Arniches.

Precio: UNA peseta